

GABRIEL ROLÓN



PALABRAS CRUZADAS

Del dolor a la verdad

GABRIEL ROLÓN

PALABRAS CRUZADAS

Del dolor a la verdad

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DEFINITIVA

La historia de Orfeo y Eurídice es una de las más populares de la mitología griega.

Eurídice era una hermosa ninfa que murió intentando escapar del acoso de un pretendiente. Pero tenía un enamorado que no estaba dispuesto a perderla: Orfeo, el músico que con su lira y su voz calmaba el dolor de los humanos y atenuaba la furia de los dioses.

Dispuesto a rescatarla del infierno el héroe descendió hasta quedar cara a cara con Hades y Perséfone, los reyes de la región tenebrosa. Luego de conmoverlos con su canto les solicitó que dejaran que su amada volviera con él a la vida. Todavía emocionados, los dioses aceptaron pero impusieron una condición: Orfeo debería marchar delante de su mujer y no podría voltearse hasta salir del infierno. Los enamorados aceptaron el trato y emprendieron el retorno. Pero poco antes de alcanzar la luz, Orfeo sintió temor de que ella no lo siguiera, giró para asegurarse, y con ese gesto la condenó. La figura de Eurídice se convirtió en humo y desapareció para siempre.

Existe la tentación de ver en Orfeo al enamorado valiente capaz de ir hasta el infierno por amor. Sin embargo, en su libro

La palabra amenazada, Ivonne Bordelois destaca que este mito expone el abismo que se abre entre quien habla y quien no puede ser escuchado. Orfeo no creyó en la palabra de Eurídice y necesitó voltearse para corroborar que lo seguía. La autora resalta además una frase pronunciada por la Eurídice de Marcel Camus en su película *Orfeo negro*: “Si pudieras escucharme en vez de verme”. Y plantea una batalla muy actual: el lenguaje frente a lo visual. Lo simbólico contra lo imaginario.

Desde hace tiempo se nos propone la falacia de que una imagen vale más que mil palabras. Hay en nuestra cultura una sobreestimación de la imagen, algo que recorre a cualquier especie, en desmedro de la palabra que es una cualidad exclusivamente humana. Somos humanos en tanto que habitamos un mundo de palabras. Un mundo lleno de ancestros, regiones y acontecimientos que no hemos visto ni veremos jamás, y sin embargo nos recorren. Aun así, qué difícil resulta creer en la palabra del otro. Confiamos en el decir de alguien y no falta quien pregunte: “¿Vos lo viste?”. Capturados por el poder de la imagen necesitamos ver para creer, cuando en verdad, lo que se ve es lo más engañoso, lo menos humano. Lo importante siguen siendo las palabras. Dicen los Evangelios: “Bienaventurados los que creen sin ver”.

No es esta una apología de la fe sino un intento de ubicar el lugar del analista. El analista es alguien que cree sin ver. No percibe ninguno de los mundos que deambulan por su consultorio. No hay otras personas. Sólo están él, su paciente, algunos nombres, y un relato hecho de dolor y de palabras. Palabras en las que cree sin ver. Y no es el único.

Cuando una persona desea que confíen en ella renuncia a los gestos y dice: “Te doy mi palabra”. Dar la palabra es darse

uno mismo, siempre y cuando se trate de una palabra plena. Plena de la verdad o del deseo que recorre al sujeto. Una palabra que compromete y modifica la posición subjetiva de quien la pronuncia. Ante un mundo de personas que, capturadas por la palabra vacía, hablan sin decir nada, la palabra plena abre el desafío del decir.

“Sí, quiero”, manifiesta alguien ante un juez y esas palabras cambian su vida para siempre. A partir de ese momento, por ejemplo, será una persona casada con derechos y obligaciones que no tenía antes de ese juramento.

Existe, entonces, la palabra plena en la vida cotidiana. También en el análisis, aunque en el consultorio esa palabra toma la forma de algo impensado, de un lapsus, de un sueño, de algo que sorprende tanto al paciente como al analista que escucha a la espera de la aparición de esos momentos de sorpresa.

“El Psicoanálisis cura”, sentenció en su libro Juan David Nasio. Es cierto. Cura porque es eficaz. Y la eficacia del Psicoanálisis es la eficacia de la palabra. Pero como vimos en la historia de Orfeo, en la vida todo tiene al menos una condición, un límite. El límite de la palabra es que no puede decirlo todo. Siempre habrá algo que escape a su significación.

El ser humano está condenado a vivir asumiendo una falta, un desconocimiento. La vida es una sucesión de preguntas sin respuestas. El análisis permite encontrar algunas, no todas. Hay cosas que no sabremos jamás.

Aun así, la palabra nos define. Para existir es necesario ser nombrado. Un nombre, un deseo, un mandato nos precede y nos da un lugar en el mundo. Un lugar que a veces es doloroso. También de eso se ocupa el Psicoanálisis. Pero el lenguaje no sólo nos precede, también nos sucede.

Aquellos que amamos y perdimos hoy son nada más que un nombre. Una palabra que trae aromas de alguien que fue y nos ayuda a construir una historia.

Es lo máximo que podemos hacer en este tránsito por la vida: dejar palabras que les permitan, a quienes nos sucedan, armar un cuento con lo que hemos sido. Porque, en definitiva, tarde o temprano, todos seremos sólo un cuento.

El análisis es también un lugar pleno de silencios. El analista, como Octavio Paz, sabe que todo silencio humano contiene una palabra. A veces el silencio es una de las formas más poderosas de la palabra. Aunque no todos los silencios son iguales. Algunos son mudos y otros están llenos de sentido. Por ejemplo, el momento en que el paciente dice algo y el analista enmudece. Se produce una tensión, porque el analizante sabe que ese silencio le abre un mundo de ideas que luego tendrá que poner en palabras para explicar su dolor. Y pronunciarlas a su modo. Porque el *cómo* revela el *qué*. La forma en que alguien dice algo, muestra el dolor o el deseo que contiene su decir. Un dolor o un deseo que ya no son naturales porque están mediados por la palabra.

La palabra nos excluye del mundo natural. El ser hablante ha perdido la necesidad y ha entrado en un universo de lenguaje que resignifica esas necesidades y las transforma en deseos. Deseos que nos obligan a relacionarnos con otros, a pedir lo que queremos a alguien que interpretará lo que pueda de lo poco que pudimos decir. Alguien que responderá dando o negando algo que no es lo que pedimos. Porque siempre deseamos otra cosa de lo que creemos desear.

La palabra es abismo. Es al mismo tiempo herramienta y conflicto. Comunicación y malentendido. Verdad y mentira.

Habitamos en la confusión. Y en ella debemos construir nuestra subjetividad.

Edvard Munch es el autor de *El grito*, un cuadro impactante. Pablo Picasso de *El Guernica*, donde se ve el grito de una madre que lleva el cuerpo sin vida de su hijo. Pero ocurre algo extraño. En estas obras la palabra horada la imagen, y los gritos se escuchan.

También el grito tiene un lugar en el mundo del lenguaje. Quizás sea una forma primitiva de la palabra, la que más nos liga con la emoción. El límite entre la palabra y lo innombrable. Un intento vano de encontrar una palabra que no existe para nombrar lo indecible.

Por eso, el grito no debe ser banalizado. A diferencia de los gritos frecuentes que surgen de peleas sin sentido, el grito de quien se ha quedado sin palabras ante el horror es también una palabra plena. En ocasiones, el consultorio debe alojar ese grito.

Palabras cruzadas es el nombre que elegí para este libro hace más de diez años. La intención era mostrar cómo, a partir del lenguaje, podemos perseguir al dolor desde la manifestación sintomática hasta su origen.

Se trata de un libro sostenido por casos reales. Hombres y mujeres que llegaron a mi consultorio en busca de alivio o de respuestas. En aquel momento elegí cinco historias de pacientes que había analizado algunos años antes. Años en los que todo era muy distinto. Por ejemplo, no existía el término “violencia de género”; no había lugares específicos donde pudieran dirigirse las mujeres golpeadas; no se había aprobado la ley de matrimonio igualitario ni la interrupción voluntaria del emba-

razo; la legalidad (o no) del uso de la marihuana para consumo personal no era tema de agenda; se hablaba de “un travesti” en lugar de “una travesti”; y la idea de la pansexualidad, o de una apertura en la sexualidad, todavía no asomaba en la cultura. El lenguaje inclusivo no era todavía tema de debate.

Aunque comparto la sentencia freudiana, no sólo los síntomas siguen la modalidad de la época. También lo hacen las intervenciones de los analistas. Trabajamos con la realidad psíquica del paciente, con sus palabras, sus prejuicios y con el modo en que cada uno se las ve con los condicionamientos que le impone la cultura que habita. Estoy seguro de que hoy esos pacientes hubieran hablado de otra manera y presentado sus conflictos de modo diferente. Por lo tanto, mis intervenciones quizás hubieran sido otras. También los analistas habitamos un momento y un espacio determinado.

En esta edición corregida y aumentada con una historia nueva, podría haber modificado el relato de aquellos casos clínicos para no desentonar con el tiempo que nos toca vivir. Pero no hubiera sido honesto con quienes me permitieron contar sus vidas después de haber leído mis escritos. No se trata de una decisión caprichosa sino ética.

La lucha por los derechos continúa. Y los analistas caminaremos junto a nuestros pacientes de la mano del tiempo.

Siempre.

GABRIEL ROLÓN
Agosto de 2021

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Un paciente no es una persona. Un paciente no es un individuo.
Un paciente es un sujeto.

Sabemos que los griegos, responsables de algunas de las manifestaciones más bellas e importantes del arte y de la cultura de Occidente, tenían mucha estima por el teatro. Son famosas sus tragedias, sus comedias, y Sófocles y Aristófanes son nombres que todavía hoy resuenan con total pertinencia. En aquellos tiempos no existían los teatros tal cual los conocemos hoy. Las obras se representaban al aire libre, en grandes predios a los que concurría muchísimo público. Para que fuera posible escucharlos, los actores llevaban puesta una máscara que amplificaba sus voces a la vez que disimulaba sus identidades. Esa máscara, ese disfraz que ocultaba sus rostros, se llamaba “persona”. Un nombre de origen latino que etimológicamente significaba “retumbar”.

Es decir que el origen mismo de la palabra persona remite al ocultamiento, a lo que no es, a la actuación y al engaño.

Por el contrario, un paciente es alguien que llega al consultorio dispuesto a quitarse todas las caretas y mostrar las más

profundas de sus heridas. Para eso trabaja y se expone. Con generosidad y a un costo alto se adentra en un camino que tiene como punto de partida el dolor y como destino final el develamiento de su verdad.

A la vez, el analista se compromete a acompañarlo en esa travesía porque es, antes que nada, un enamorado de la verdad. Aunque no se trata de una verdad universal y trascendente: no hay que confundir al analista con un filósofo, un sociólogo o un místico. No nos desvela Dios, tampoco “El Hombre”, el *Dasein* heideggeriano, sino única y exclusivamente ese hombre o esa mujer que ha venido a pedir nuestra ayuda. Y la verdad que nos interesa encuentra sus orígenes en la historia individual de cada paciente, recorre su sangre y su vida aunque él mismo se resista a reconocerla y aceptarla como propia.

La palabra individuo también proviene del latín y significa “imposible de ser dividido”. Nada más alejado de un paciente que eso. El analizante está escindido, desgarrado por su sufrimiento y sus contradicciones. Ama y odia al mismo tiempo. Quiere pero no quiere. Desea y no puede. Tiene miedo de algo, y no por eso deja de desearlo. Un individuo es alguien sin ambivalencias, sin culpa. No son así quienes llegan a mi consultorio. Por el contrario, envueltos en una nube de confusión y angustia, hacen cosas que no querrían y traen síntomas que los hacen sufrir y de los que parecen no saber nada. En parte es cierto. Porque al momento de comenzar el análisis, el paciente *no sabe que sabe*. ¿Cómo puede ser?

Para responder a esta pregunta hay que aceptar que existe un saber inconsciente, un saber no sabido, un saber que no es accesible a la conciencia. Sin embargo —y esto me resulta decisivo a la hora de aceptar el inicio de un tratamiento—, a pesar

de esa sensación de extrañeza y desconocimiento, el sujeto debe sospechar que algo tiene que ver con “eso” que le pasa. Quien crea que sabe lo que quiere, quien sienta que siempre tiene la razón y maldiga a Dios o a los demás por su destino, no está preparado para transitar el camino del análisis.

El Psicoanálisis es una terapia que no es como las demás terapias, dijo Lacan. De donde podemos deducir que el paciente del Psicoanálisis no es como los demás pacientes. Es alguien que sufre y se pregunta, porque sabe que hay una razón para ese dolor, intuye además que tiene responsabilidad en ese padecer, e incluso se anima a idear alguna causa que explique su sufrimiento. No importa si su hipótesis es cierta o errada. Intenta involucrarse y admitir su ambivalencia.

El hecho de habitar un cuerpo puede generar la idea errónea de que somos individuos. Es cierto que el cuerpo es el escenario fundamental a partir del cual se desarrollará la construcción de un sujeto. Como señaló Freud: *el Yo es antes que nada un Yo corporal*. No hay sujeto sin cuerpo, pero no basta con que exista un cuerpo para que haya un sujeto. Es necesario que las miradas y el contacto de otros caigan sobre ese cuerpo.

Las caricias de los padres, el reconocimiento de ciertos rasgos y las palabras atraviesan el cuerpo del bebé y construyen de a poco lo que será su personalidad, a la vez que van significando ese cuerpo con algo que nada tiene que ver con la biología, sino con las palabras.

Prueba irrefutable de esto son, por ejemplo, los síntomas conversivos, característicos de las estructuras histéricas. En ellos, el cuerpo ve afectada alguna de sus funciones sin que haya ninguna justificación orgánica para que esto ocurra. Los nervios de la pierna reciben y transmiten información, pero el

paciente no puede caminar. También los trastornos de la alimentación demuestran que no hay adecuación entre el cuerpo biológico y el cuerpo subjetivo. Una paciente anoréxica puede verse obesa a pesar de sufrir una delgadez tan extrema que en muchos casos pone en riesgo su vida. ¿Por qué ocurre esto? Porque hay algo en ese cuerpo subjetivo que va más allá de lo biológico. Es decir que el cuerpo físico, atravesado por las marcas del discurso, se independiza de la biología y toma un lugar propio ligado a lo simbólico. De allí que cada sufrimiento emocional se vea reflejado en el cuerpo y que, a su vez, cada acto que se ejerza sobre él, marque —para bien o para mal—, el modo de desear y sufrir de un sujeto.

El sujeto humano no es libre. Está *sujetado* a su historia, a su inconsciente, a deseos de otros, pero sobre todo, sujetado a la palabra. A diferencia de la persona o del individuo, el sujeto existe con anterioridad a su propia gestación, desde el momento en que sus padres comienzan a desearlo y a poner en juego sus ideales sobre el futuro hijo. Más tarde, durante el embarazo, se va generando una realidad que aguarda la llegada del bebé y, cuando por fin se produce el nacimiento, ya hay un mundo que lo está esperando, un nombre y un deseo volcados sobre él.

Cuando un recién nacido, que en su vida intrauterina no había sentido jamás hambre o sed debido a la simbiosis con su madre, experimenta alguna de esas sensaciones desagradables por primera vez, entiende que no puede satisfacer por sí mismo esas necesidades y solo atina a llorar como acto reflejo de descarga de la tensión psíquica. Es allí cuando aparece otro (un otro tan importante que los analistas lo escribimos en mayúscula: Otro), por lo general alguno de los padres, y le da un sentido a ese llanto. “Ah —dice la madre—, tiene hambre”,

lo abraza, le da el pecho y lo satisface. Desde ese momento, el bebé comprenderá algo fundamental para su existencia: que, a partir de ahora, todo lo que quiera deberá pedirlo a otros, y que las palabras no solo lo comunican con los demás, sino que también lo atan a ellos.

A todo esto y más debe responder alguien que ni siquiera es capaz de mantenerse en pie y alimentarse por sí mismo. Por eso, no es extraño que para muchos vivir sea una tarea difícil y que, con el tiempo, la carga se vuelva demasiado pesada.

No es fácil acarrear esa mochila, y algunos sólo pueden hacerlo al costo de su salud. Así comienzan a aparecer los síntomas que son, antes que nada, una forma equivocada y patológica de responder a algunas exigencias internas o externas que se le presentan al sujeto. Este, imposibilitado de hallar la respuesta adecuada, encuentra en la enfermedad una manera muy costosa de resolver sus conflictos.

¿Qué lugar podría encontrar la palabra en la superación de esos síntomas?

Suele decirse que hablar hace bien, que la palabra cura. Esta afirmación ha llevado a muchos al equívoco de pensar que una conversación con un amigo, con un padre o, por qué no, con uno mismo, es suficiente para producir un proceso de curación. No es así.

Para que los síntomas cedan, para que ocurra la curación anhelada, es necesario que haya alguien que escuche de manera diferente aquello que el sujeto dice. Alguien a quien este le suponga un “saber hacer” con sus dichos, en quien confíe que podrá leer en esos dichos un sentido distinto al aparente. Un sentido que ni el paciente ni los demás son capaces de escuchar. Y ese es, precisamente, el lugar del analista.

Este libro está atravesado por palabras que se cruzan y se repiten: silencio, angustia, llanto, deseo o miedo. No podría ser de otro modo si pretendo ser veraz con lo que ocurre en el transcurso de un análisis.

Un análisis es un proceso que tiene su origen cuando acordamos juntos, paciente y analista, comenzar un tratamiento. A partir de allí se inicia un devenir de acontecimientos que tienen un protagonista fundamental: el lenguaje. Pero no se trata de cualquier lenguaje; para nosotros se trata de un lenguaje a descifrar. Un lenguaje que engaña, que muestra y oculta al mismo tiempo.

Una vez hubo un niño que, parado frente a unos símbolos incomprensibles, tomado de la mano de su padre, lo miró fascinado y le dijo: “Cuando sea grande voy a descifrarlos”. El hombre se rio. Años después, ese chico cumplió con su promesa. Esos símbolos eran los jeroglíficos escritos en la piedra de Rosetta, y el joven era Jean-François Champollion.

Con igual pasión vamos los analistas tras el discurso encriptado de nuestros pacientes. Con esa misma convicción escuchamos el relato de los hechos de su historia o de sus sueños.

Entonces. Palabras cruzadas.

Es lo que todo el tiempo percibo cuando dirijo un proceso analítico. Palabras que se cruzan en la mente del paciente y que vienen de su pasado: “Vos nunca vas a llegar a nada”, “Esta empresa va a ser tuya”, “No naciste para ser feliz”, “La homosexualidad es una enfermedad”, “Ni se te ocurra dejar de estudiar”.

Palabras que se cruzan aquí y ahora y generan, por ejemplo, esa aparición del Inconsciente a la que llamamos lapsus: “soy

una persona intolerable” —dijo cierta vez una paciente queriendo decir que era “intolerante”. Y esa palabra que se cruzó en su discurso, “intolerable”, generó un sentido diferente del esperado y abrió puertas que hasta entonces estaban cerradas.

Palabras que se cruzan entre el paciente y el analista, y que toman la forma de la pregunta, el señalamiento o la interpretación. Y por qué no, palabras que se cruzan en mi propio pensamiento durante las sesiones y algunas veces me invitan a intervenir. Otras, en cambio, me empujan a un territorio de duda y reflexión.

Palabras cruzadas.

Esa es, en definitiva, otra manera de describir un proceso analítico: como una sucesión de palabras que se cruzan a partir del dolor y que, con el deseo, la claridad y el valor necesarios, pueden conducir al develamiento de una verdad capaz de cambiar para siempre la vida del paciente.

GABRIEL ROLÓN
Febrero de 2009